

CIVILIZACION TRADICIONAL PERUANA

PRIMERA LECCION

Orígenes de las culturas americanas y en particular de las peruanas primitivas.

He aceptado la reiterada e instante invitación del Rector y del Consejo de esta Universidad Católica para dictar la cátedra especial de historia de la civilización peruana, porque creo que mi modesta labor puede ser útil al divulgar ciertos resultados de la investigación propia o ajena, y rectificar algunas ideas. Me es muy grato enseñar en esta aula, antigua sala de estudios de mis años de adolescencia, junto al sitio de la carpeta en que comencé a aficionarme a las disciplinas históricas, que han sido mi vocación verdadera, que nunca he descuidado por completo y a cuyo cultivo vuelvo en ambiente propicio, con la serenidad que da la madurez. Querría que mis lecciones no fueran de muerta erudición, sino que tuvieran el alcance moral bastante para reavivar en la juventud que me escucha el espíritu patrio. Bien necesitados estamos de retemplar y robustecer el patriotismo. Sin él, sin vigoroso sentimiento nacional, nada se hace: los mismos productos intelectuales carecen de lozanía y colorido. Pero este empeño de intensificar y acendrar el alma patria exige en mi concepto indispensablemente el culto de la verdad, la más escrupulosa exactitud, porque el patriotismo duradero no se alimenta con ilusiones infantiles ni con errores confutables, los cuales, muy al contrario, suelen provocar quiebras, desalientos mortales y escarmientos dolorosísimos. Sobre la exageración o la mentira nada sólido se edifica. Por eso procuraré atender, con la mayor claridad y precisión, a la veracidad de los testimonios y la realidad de las situaciones; y nó a halagar vanidades, y defender prejuicios popularizados y vocingleros.

Para concluir con estos tediosos pero necesarios prólogos, explicaré el sentido del título **Civilización tradicional del Perú**. No faltará quien repunte anticuado el término de **civilización** y prefiera el reciente de **cultura**. La inconsiderada repetición de esta palabra y de sus derivados **cultural** y **culturizar**, con que a diario nos menudean los mismos que ignoran la significación y proyecciones del movimiento etnológico, ha llegado a tal extremo que produce saciedad intolerable. Pero no es sólo el hastío del vocablo prodigado, lo que determina mi elección del sustituto, sino la mayor amplitud en la acepción del segundo. En efecto, los ecos de la escuela de Graebner y Frobenius, difundidos por Spengler, han aplicado la denominación de **culturas** a todas las formas e instituciones sociales, aún a las más simples y rudimentarias. No extraña por eso hoy que arqueólogos e historiadores hablen con singular énfasis de las culturas de sacrificios humanos y cabezas cortadas como trofeos y usadas como vasos, y hasta de culturas antropófagas. Uno de ellos denomina **cultura adquisitiva** a la que se limita a la caza y la pesca, que es el ínfimo grado del salvajismo. Al paso que el término **cultura**, por generalizarse, ha descendido tanto, el de **civilización** se reserva, particularmente por Spengler, con cierto tono despectivo del cual no quiero participar, para el estado final de los procesos sociales, en que diversas culturas vienen a sumarse y componer el sincretismo de los últimos períodos. Nadie ha de negar que tal es desde larga fecha la situación del mundo contemporáneo; y que desde mucho antes fué la del Perú en sucesivas épocas, como intento probarlo, remontándome a la colonial y a la incaica, la cual representó a su modo la síntesis final en que las culturas andinas vinieron a desembocar y remansarse. De allí que yo prefiera, por exigencia lógica, la designación adecuada a las resultantes superiores de todo nuestro proceso histórico, que compondrán el principal objeto de mis cursos. Podemos definir, en terminología contemporánea y usual, la **cultura** como el conjunto correlativo y la interdependencia de las formas sociales originarias dentro de un grupo humano; y la **civilización**, como el conjunto de las formas sociales complejas, ya heredadas, ya inventadas reflexivamente, ya copiadas de grupos extranjeros. Apartamos de esta manera la superflua vegetación metafísica y aun mística con que se encubren tales conceptos. Aplicaremos el término exacto de **etnología** a la ciencia que estudia los orígenes

sociales, las agrupaciones primitivas, en la prehistoria y la proto-historia, y en los actuales salvajes y bárbaros; y reservaremos el de civilización para procesos adelantados y supremos, a que dedicaré naturalmente la parte mayor de mi enseñanza de historia peruana, pues lo prehistórico se limita a las presentes lecciones preliminares. El término de **culturología**, que para el examen de aquellas culturas algunos expositores emplean, me parece tan híbrido y presuntuoso como el de la hoy desacreditada **sociología**. Cuanto de la etnología rebasa, por superior y reciente, queda incluído en la historia de la civilización, tema propio y adecuado de esta cátedra.

Los hechos sociales son productos de factores de tres distintas clases: físicos o geográficos, étnicos o raciales, y psicológicos o propiamente sociales. Los dos primeros se estudian en la geografía antropológica y en la antropología, y tienen el carácter de necesarios y mecánicos. Los psicológicos ponen de manifiesto la espontaneidad y libertad humanas, abren posibilidades de novedad mucho mayores y han de estudiarse descriptivamente, no pudiendo sus leyes versar sino sobre la mera probabilidad y las frecuencias en grandes conjuntos, con líneas harto más amplias y flexibles que en lo físico y fisiológico. Por esto nos distinguimos de los fatalistas, que sostienen, desde Montesquieu hasta Taine y la escuela de los caracteres locales, el determinismo del medio físico, y de los **racistas**, como el Conde de Gobineau y sus discípulos del nacismo alemán, que defienden la decisiva influencia de la raza. El hombre domina el medio; y la civilización puede prevalecer sobre la filiación biológica y la sangre.

Pero como nadie ha de negar el poderoso peso de las condiciones geográficas, principiaremos por estudiarlas brevemente: las del continente americano en general y las especiales del Perú. Observando el mapa, descubrimos que América se presenta, en sus rasgos generales, como una repetición simplificada y disminuída del Continente Antiguo. La América del Norte reproduce en escala menor la suma de Asia y Europa. Tiene de la primera las vastas llanuras y la extensión maciza, de la segunda el articulado de costas y de golfos. La semejanza en este punto es tal que las salientes de la península ibérica y de la Bretaña francesa parecen desgajadas de las costas meridionales de Estados Unidos y de Méjico, lo

cual se explica si recordamos la teoría de Wegener sobre la coalescencia o antigua unión de los continentes en las anteriores edades geológicas. Nuestra América del Sur ofrece, en el relieve avanzado del litoral brasileño, la correspondencia casi perfecta con el Golfo de Guinea, del cual hubo de desprenderse según la mencionada teoría. La América del Sur es una hermana menor del Africa, adelgazada y atenuada, pero como ella redondeada, compacta y monótona. Prendida como ella por un istmo al continente mayor, del que en muchas cosas de su flora, fauna e historia depende, América del Sur es semejante al Africa en minas, bosques y mesetas, menor en lagos y desiertos, y mayor en ríos. Tiene aún más probada inferioridad respecto de la América del Norte, porque no posee la dentellada variedad de sus penínsulas y mares interiores, que tanto contribuyen a la vivacidad de las comunicaciones marítimas. Las Antillas componen una especie de gran Mediterráneo, aunque es cierto que por primeros navegantes y piratas ha tenido este americano a los arahuacos y caribes, y luego a los bucaneros, en vez de los fenicios y los griegos, lo que es ya notable diferencia. En sus manifestaciones naturales y hasta en las sociales, América del Norte, es una réplica y una simplificación de Europa; y esto que en Historia Natural y costumbres se aplica a la América Septentrional, conviene, en el paralelo propuesto, a la del Sur. Lo que nos salva de la monotonía es la cordillera de los Andes. La altura, en América, principalmente en la tropical, produce la diversidad de climas y de tipos sociales.

La raza indígena es ciertamente una en ambas Américas, como lo admira y pondera el americanista alemán Dr. Carlos Troll. Es toda ella mongoloide, según lo demuestra la uniforme extensión de la mancha mongólica en los recién nacidos; pero ha de considerarse como la rama pobre, olvidada y antiquísima, que se desprendió de los mongoles del Asia, pues los nuevos experimentos sobre la composición de los grupos sanguíneos en la especie humana, prueban lo remoto de su separación y lo completo de su aislamiento en las épocas prehistóricas, en todo el dilatado lapso que ha debido requerir la formación de tales grupos sanguíneos. Por ellos, los más próximos a los americanos resultan los habitantes de las islas de Sacalín y de Formosa, y los de las Carolinas y Nueva Guinea. De aquí que el único verisímil mestizaje precolombino sea el melanesio

y polinesio, indicado por este camino insular, y defendido por Rivet y otros muchos con abundantes argumentos antropológicos y filológicos. ¿Cuándo penetraron en América estos mongoloides mezclados con oceánicos? Desacreditadas hoy en la ciencia las teorías poligenistas, claro es que proceden del Asia. Indirectamente, hasta los oceánicos de Rivet y los del tipo cuaternario de Lagoa Santa; directamente, los más por el istmo de Behring, que subsistió hasta el presente período geológico, y por la cadena de las islas Aleutinas, como lo ha demostrado Hrdlicka, cuyos últimos y definitivos hallazgos en Alasca son del año pasado. Claro es que han podido en muy apartadas épocas venir también por la vía del Este, por Groenlandia e Islandia, unidas a la Tierra del Labrador, a las islas Feroe y a Escandinavia por fragmentos continentales desaparecidos a fines del cuaternario; o por una capa muy compacta de hielo, como lo sostienen los arqueólogos daneses, y en particular Birket Smith para con los esquimales, cuya lengua aparece de origen asiático pero cuyo arte en América, reproducción hasta en la plástica rupestre del cuaternario magdaleniense europeo, es mucho más antiguo de lo que pensaba el arqueólogo francés Déchelette, según se ha patentizado con investigaciones y descubrimientos modernísimos. Todo esto nos lleva a aceptar la existencia del hombre cuaternario en América, contra el cual no hay objeción ni escrúpulo de carácter religioso. Además, la desmesurada y fantástica antigüedad de los períodos glaciares y del género humano, en que tanto insistían los antropólogos de la época evolucionista y sus vulgarizadores como Le Bon, se ha reducido hoy considerablemente, porque se fundaba en deducciones astronómicas y geológicas arbitrarias. Ya en la edad cuaternaria superior podían estar diferenciadas las razas, aunque ocuparan zonas muy distintas de las actuales, conforme lo acepta Mortillet al considerar a los mongoloides esquimales como la primera colonización que nos vino de Europa. Aun refutadas definitivamente las ambiciosas hipótesis de Ameghino y convencidos de falsos ciertos descubrimientos del hombre fósil, verbigracia el de los cráneos de Colorado en los Estados Unidos, quedan otros casos en ambas Américas, en los que, si los cráneos no están siempre identificados como cuaternarios, lo están a no dudar instrumentos humanos de piedra tallada según tipos primitivos, incluso el aquelense. Ni faltan en algunos hallazgos restos

humanos que parecen identificarse con el tipo de Neanderthal. Pero hay que advertir que las épocas paleontológicas no coinciden en el antiguo y en el nuevo continente; y como el paisaje amazónico evoca en muchos aspectos el mundo terciario, así también faunas muy atrasadas parecen haber perdurado en ambas Américas hasta épocas recientes. Tal ha ocurrido en las pampas argentinas. Los indios algonquinos de los Estados Unidos recordaban en sus cuentos al mamut, y el elefante se halla dibujado en grandes túmulos de la misma región. Es que América, continente nuevo por tantas razones, ha resultado con frecuencia el refugio de lo arcaico. La industria paleolítica que en Europa está a milenios de extraordinaria profundidad, aparece casi contigua en América con yacimientos modernos, como en Arica y Taltal. Cuando rememoramos estas supervivencias paleontológicas y paleolíticas, cuando recordamos después que el descubrimiento en el siglo XVI de Méjico y del Perú sorprendió a los grandes imperios indígenas en plena edad del bronce, y reparamos en la mentalidad ingenuamente liberal y democrática que domina todavía en nuestros actuales círculos superiores, sospechamos que el destino perdurable de América es ser el continente tardío, apagado a las formas que el Antiguo superó.

El área geográfica del Perú, que se identifica con su área cultural antigua, no se limita al cuadro territorial de la presente República. Comprende cuando menos todo el Alto Perú o Bolivia, idéntico al Perú Bajo en clima y orografía, y aun se extiende, como a regiones aledañas, a la sierra del Ecuador, hasta Pasto y las nacientes del Cauca, a la porción andina del Noroeste argentino y a la mayor parte de Chile, hasta más allá del Maule. Estas que llamo regiones aledañas y que fueron campos de extensión de los sucesivos imperios de Tiahuanaco y de los Incas, tienen ya particularidades climáticas diferentes por el régimen de lluvias, que es mucho más abundante en el Norte del Perú y Quito y en el valle central chileno; pero participan de la naturaleza peruana por los esenciales factores de los Andes y de la corriente de Humboldt. Estos dos elementos geográficos son los ejes naturales del Perú. Si substancialmente Méjico es una meseta que desciende hacia el Norte, Colombia y Venezuela respectivamente las cuencas del Magdalena y del Orinoco, Chile una costa, y el Río de la Pla-

ta es la pampa, el Perú histórico es la cordillera cuyo litoral enfría la corriente polar de Humboldt. De ambos elementos nos vienen todas nuestras características territoriales, la esterilidad y el refrigerio del clima, la riqueza minera, la escasez agrícola y la dificultad de comunicaciones, la economía y el paisaje, las líneas capitales de la historia antigua y de la presente; y en cuanto no ha alcanzado a corregirlo el hombre, todo el bien y todo el mal. La indudable influencia moral del paisaje es por lo común entre nosotros deprimente, en las diversas zonas. La humedad y las tinieblas verdes de las florestas orientales agobian la acción humana, la cual ni en la época indígena ni en la española del Virreinato ha podido dominarlas, por no poseer aún los recursos de que la civilización contemporánea dispone. Advirtamos sin embargo que la cadena de los Andes, por su inclinación y la corriente de sus ríos, mira hacia la región amazónica. Es declive tan imperioso y tendencia tan irresistible que ya produjo en las edades indígenas y en la colonial, expediciones y campos de expansión muy notables para las deficiencias de entonces. Los valles de la Costa son oasis medianos, que parecen trozos de Egipto desarticulados, verdaderas islas, rodeadas por el mar y las arenas, y en que las frecuentes brumas roban por largos meses la alegría del sol. Pero la fresca templanza del clima los hace mucho menos enervantes de lo que sostiene cierta literatura rutinaria, estragada y perniciosa, detestable por cursi y malévolía. La mayor parte de las islas tropicales producen mayor enervación que nuestros valles de la Costa. En las partes más elevadas de la Sierra puede distinguirse, como lo hace Troll, la puna del páramo, bastante más lluvioso; pero en las dos regiones la tristeza y la desolación son infinitas, entre los pajonales amarillentos, bajo los nevados y el azul del invierno, o las nieblas del verano y las terribles heladas nocturnas. La altura andina predispone el ánimo a la frialdad, la lentitud y la melancólica resignación.

Nuestros indigenistas van demasiado lejos cuando pretenden que eran las punas las comarcas más propias para el nacimiento y difusión de las primeras culturas. Han podido serlo, por esfuerzo extraordinario del hombre, y por el perfeccionado cultivo de la papa y la domesticación del llama; pero cuando menos los obstáculos naturales igualaban y contrabalanceaban las ventajas. Es cierto que ocurre con frecuencia en la historia ser las regiones agrías, quebra-

das y difíciles, focos de culturas primitivas e intensas, centros de dispersión de pueblos. Tal ha sucedido con el Himalaya y el Pamir, y con los Alpes y los Pirineos. Son regiones prolíficas, a pesar de su esterilidad natural; y no impiden la emigración y la difusión de culturas. Pero una cosa es la mera posibilidad y otra la efectividad del origen de las nuestras en la Sierra.

Se ha hecho gran estrépito con ciertos resultados de las excavaciones de nuestro gran arqueólogo Tello, para invalidar los que su maestro el Dr. Uhle, indudable fundador de la arqueología peruana, estableció a principios de este siglo. El descubrimiento de las ruinas preincaicas de Nepeña, que parece ser una colonia o filial del andino Chavín, ha dado lugar para que aceleradamente se declare de manera dogmática la precedencia cronológica de las culturas serranas, porque en Nepeña el estrato del estilo de Chavín aparece más hondo que el clasificado como protochimu. Pero es que Uhle no afirma, por lo menos en sus escritos recientes y definitivos, que la cultura protochimu sea la más antigua, ni siquiera coetánea con la protonazca y protolima. Quedarían, pues, refutados el profesor Kroeber o el Dr. Doering, los cuales quizá admiten aquella contemporaneidad; pero de ninguna manera Uhle, que la niega. Para este sabio excavador, tan perito en diferenciar las capas superpuestas, la cultura protonazca no sólo se presenta como la primera después del primitivo salvajismo, constatado desde Supe, Ancón y Chorrillos hasta Arica y Taltal, sino que dicha cultura protonazca, que aparece sin antecedentes locales, como una importación extranjera, influye a su vez en Chavín después de haber engendrado la protolima en este valle, cuyas dilataciones hacia la Sierra se han comprobado por otros en Canta. A mayor abundamiento, en Chavín se hallan adornos y símbolos marinos, que demuestran su derivación de esta cultura primera costeña; y entre las andinas, la de Recuay, clasificada por Tello como anterior a Chavín, tiene alfarería que se descubre en el estrato último del templo bajo de Pachacámac. Los protonazcas no conocían de los metales sino el oro. En la primera capa de Paracas, o sea en las tumbas de Cerro Colorado, confiesa Tello que no hay plata ni cobre. ¿Cómo puede, pues, ser posterior a Chavín ni a los arcaicos enterramientos de Huaylas y Sipa, en que se presentan objetos de estos metales? El orden de su empleo es en Europa y América el mismo: el

uso exclusivo del oro antecede a la elaboración del cobre; y la plata en estas regiones del Perú debe de haber sido usada con posterioridad, según los minuciosos estudios de Rivet. Las ya mencionadas sepulturas de Cerro Colorado muestran un tipo muy arcaico, y lo mismo puede decirse de la plástica esteatopigia, o sea representación de mujeres obesas, que corresponde al paleolítico y al neolítico primitivo dondequiera. Por último, hay una prueba real que me parece contundente. En las excavaciones practicadas hacia 1925 o 26 en las cercanías de Lima y en las huacas de Maranga y Arámbaru por los arqueólogos Kroeber y Jijón, se han identificado dos capas sucesivas del protolima, separadas por un basural formado en largo tiempo. Pues bien, la capa más honda del protolima no presenta ninguna influencia serrana, ningún resto de Recuay ni de otra alfarería andina; y en cambio ofrece, con las semillas de maíz y frejoles, pruebas de los abundantes recursos agrícolas del valle entonces, contra las alegaciones de los arqueólogos autóctonos o indigenistas. También se descubrió una gran balsa de totora, que demuestra lo extendido de la navegación, y la posibilidad de inmigraciones y de comunicación con valles lejanos. Fué en el segundo estrato del protolima donde apareció la influencia serrana, cuya difusión por consiguiente, en estos valles centrales de la Costa, hay que declarar posterior, si queremos atenernos a lo que la arqueología ha patentizado. Son tres arqueólogos extranjeros: uno alemán, otro estadounidense y el otro ecuatoriano, los que atestiguan contra las ofuscaciones étnicas o regionales. En nada invalida esta esencial constatación el hecho de descubrir la influencia Chavín en el protochimu, que siempre se ha reputado por los más seguros arqueólogos como subsiguiente, ya que el mismo Chavín tiene, según lo dijimos, reflejos de influencias marítimas; ni menos que haya en Chincha, en capas posteriores, alfarería de influjo serrano, porque la alegación es inoficiosa. Lo que en Ancón y Pucusana advierte Tello de andino, si está bien interpretado, no hace tampoco al caso, pues en ambas estaciones, que significan superposiciones seculares, hay restos de todas las épocas.

Entre la Costa y la Sierra, la ley es el ritmo alternado de acciones y reacciones; pero en el caso concreto de las primeras culturas, la iniciación parece haber correspondido a las marítimas, en

este eterno maridaje de la región del mar y la de los Andes, porque así lo dicen hasta hoy los más ciertos hallazgos arqueológicos. Dicha precedencia se corrobora con lo que sabemos de la difusión de las culturas centroamericanas, y de la generación por ellas de Chavín y Tiahuanaco, según explícitamente lo diré en la lección inmediata, al objetar la teoría de Dieseldorff sobre la prodigiosa antigüedad y precedencia primordial del arte tiahuanacuense. Pero antes de pasar a ese punto, expresaré, como deducción y resumen de esta primera lección, que la importancia natural de Lima y de la Costa queda de relieve con el examen del período arqueológico primitivo. La Costa, aunque menor en extensión y población que el macizo andino, ha tenido en nuestra historia, desde los primeros y más nebulosos tiempos, un papel importantísimo de iniciativa e innovación, y Lima en particular uno de síntesis entre el elemento costeño y el andino, y entre los distintos estilos de la Costa; todo lo cual parecía indicarla ya, desde esta alba indecisa de la prehistoria, para su carácter de capital en el Virreinato y en la República. La cerámica de Nievería es la conjunción de la nazqueña pictórica y la chimu escultórica. Los santuarios de Pachacámac y de Limatambo, en las cercanías limeñas, fueron magnos centros de atracción para todo el Perú prehispánico; y su influencia sólo cede al de Tiahuanaco, cuyo origen y constructores hemos de indagar el próximo día. El foco céntrico de Lima no es así una improvisación de la Conquista, no ha sido una puerta de escape, como tan desatinadamente lo van repitiendo la obcecación sectaria y la frivolidad periodística; pues los inmigrantes que en todas las épocas arribaron por el litoral, y se establecieron aquí y en los otros valles, no vinieron para regresarse huyendo, sino que se quedaron, importando un permanente influjo y dejando avecindados a sus hijos.

El Perú todo es un país de sincretismo y síntesis, en que las diversas regiones se compenetran y en que las razas se mezclan, como desde los remotos tiempos que estudiamos se entremezclaron los braquicéfalos americanos del Pacífico con los dolicocefalos de la región atlántica, de que ha resultado la mesaticefalia andina, muy visible en el Cuzco (según se ve por las observaciones craneométricas que hizo el Dr. Lorena), no rara tampoco en nuestra Costa, donde Uhle ha observado numerosos casos de do-

licocefalia en los más antiguos cementerios de Moche, Nazca e Ica. El Perú, desde el principio de su vida, tiende a la armonía y a la fusión; pero necesita como toda América un estímulo externo, para la fértil diversificación con que esa armonía se realiza, que significa el avance de su cultura. Tal es la primera consecuencia que deducimos del estudio de sus más remotos comienzos.

SEGUNDA LECCION

Orígenes de la cultura de Tiahuanaco.

En mi anterior lección llegué hasta el imperio de Tiahuanaco, la más importante de las culturas serranas preincaicas. Hoy me dedicaré a explicar sus orígenes, a exponer y discutir las diversas teorías que sobre ellos se han propuesto.

Hace ya 25 años, en 1912, visité las ruinas de Tiahuanaco. Son grandiosos dólmenes y menhires, explanadas y pilastras, que no es de dudar pertenecieran a templos y palacios, estatuas monolíticas, y una gran escalinata de arenisca roja, que excavó la misión francesa de Courty y del Marqués de Créqui. Las construcciones forman dos grupos principales, el llamado de la Acapana y el de Pumapuncu. Con facilidad se advierte, según lo han notado casi todos los viajeros, que han quedado inconclusas, interrumpidas por algún suceso violento: enormes bloques tallados permanecen lejos del lugar a que se destinaban. También es visible la diferencia de estilos, aunque pueden muy bien ser los más graduales efectos de una continua evolución, prescindiendo por ahora de las *chulpas* aymaras y del palacio incaico en que nació Manco II, el hijo de Huayna Cápac. Ciertas estatuas son naturalistas, y otras muy simbólicas y estilizadas. La comarca es una puna inclemente, altísima, a más de 3,800 metros sobre el nivel del mar. Verdad que en Europa y Asia los hombres primitivos, los paleolíticos, habitaron en ocasiones a 2,000 metros de altura, lo que en aquella zona equivale y aun supera a la destemplanza del altiplano tropical. Ha de observarse además que en los remotos tiempos a que esas edificaciones corresponden, la meseta del lago Titijaña tuvo que ofrecer temperatura menos rigurosa: el régimen de lluvias en toda

la región era entonces mejor, y el Desaguadero, más caudaloso que ahora, comunicaba, no sólo con el Aullagas, muy disminuído de profundidad en la época presente, sino con otros lagos y pantanos al Sur, hoy mermados o desaparecidos por la progresiva sequedad de la comarca. Hacia el desierto y la puna de Atacama, se han convertido en **salares** hórridos y frigidísimos los que hace varios siglos hubieron de ser estanques y ricos pastales. Las desoladas provincias de Oruro, Carangas y Uyuni, pudieron, en las abolidas condiciones climatéricas que apunto, ser la natural expansión pastoril y agrícola de aquel extraño imperio. Por otra parte, la comarca del Norte, ribereña del lago, que conserva el nombre tradicional del Collao, no carece hoy mismo de notables ventajas, que la hacen pobladísimas. Es tierra muy llana, la planicie más extensa del Perú andino, y por consiguiente propicia al pastoreo de los llamas. Es la región originaria del cultivo de la papa y la quinua, principales bases de la alimentación del indio. Las islas del lago, que tienen innegable importancia y extensión, logran los beneficios del clima marítimo; y por su temple, benigno en relación con las punas de tierra adentro, son muy apreciadas para sembríos, y en ellas se coge hasta maíz, que no se obtiene en el litoral del contorno. Esas islas fueron santuarios tan venerados y antiguos como Tiahuanaco, habitados de preferencia por los míticos **huiracochas**, fundadores del imperio. No era éste, como creyó Baudin, una excepción de la ley que quiere que las primeras culturas sean plantas marítimas, nacidas a la orilla de grandes ríos o de mares interiores; porque verdadero mar interior es el Titijaja, y Tiahuanaco floreció en la región lacustre, del propio modo que las culturas de Méjico provinieron de los lagos de Michoacán y crecieron en los del valle central de Anáhuac, y las centroamericanas se originaron, como lo puntualizaré después, junto a los grandes lagos de Nicaragua y Managua, y los menores de Guatemala. Ya he dicho en la lección anterior que nuestras primitivas culturas, las protoides, fueron las de los valles costeros.

Sorprende también en Tiahuanaco la ausencia de casas o viviendas particulares, proporcionadas a templos y palacios tan importantes. Se descubren algunas subterráneas, y sin duda habrá otras más; pero no corresponden a la entidad y extensión de los edificios públicos. Fué, según todas las conjeturas, una capital teocrática

ca, un centro de ritos y sacrificios; pero la población civil estable, en caso de ser numerosa, ocuparía efímeras cabañas de barro, que no han dejado huellas, como ocurre en los mayores centros mayas y como hubo de ser en nuestro vecino Pachacamac. Por eso emití la hipótesis de haber sido la capital política y guerrera, coetánea o inmediatamente posterior a Tiahuanaco, Hatuncolla o Paucarcolla. Dicha suposición se ha adoptado por varios autores, atribuyéndosela a otros.

No es de admirar que la antigüedad de las ruinas de Tiahuanaco inspire muy diversos sistemas, temerarios y estupendos algunos. Se ha popularizado el de Posnansky, arqueólogo polaco avecindado en La Paz, quien les asigna la prodigiosa antigüedad de más de diez mil años; y explica su destrucción por inundaciones y catástrofes geológicas, a mi ver muy improbables. Sin llegar a tales fantasías, émulas de la hipérbole cronológica de los brahmanes, o de los mandarines chinos para sus dinastías primeras, el muy docto astrónomo y arqueólogo alemán Ervin Paul Dieseldorff, a quien ya me he referido en la lección pasada, les concede cuando menos cuatro mil años de antigüedad, apoyándose en cálculos sobre la observación de las revoluciones sinódicas de los planetas, que ha advertido en Copán y cuyo origen sitúa en los obeliscos tiahuanacuenses. Según esto, habría que remontar la fundación de Tiahuanaco a la edad en que comenzaban las emigraciones de los arios en Europa. Joyce, sin aceptar tal cronología, reputa la cultura de Tiahuanaco el foco originario de las demás peruanas, y así defiende su aborigenismo. A primera vista estos sistemas lisonjean la vanidad lugareña; mas, a poco que se medite, topamos con sus dificultades, que en mi criterio llegan a imposibilidades, y reparamos igualmente en que entrañarían, de ser ciertos, la más completa inferioridad de la eficacia cultural indígena, por la monotonía y apatía monstruosas que tan remota antigüedad supone. Los uros de Ancoqui y de Chipaya, y los desaparecidos ochozumas de Chucuito, han sido siempre indios por extremo bárbaros, ignorantes de la agricultura y de todas las artes más esenciales; y según sus tradiciones y la constatación de los mejores etnólogos, han precedido a la ciudad de Tiahuanaco, de cuya fundación y cuya destrucción fueron inmóviles testigos. Todavía cuentan ellos mismos, a pesar de su rudeza incomparable, que los de su raza

fueron sacrificados para enterrarlos en los cimientos de aquellos edificios, según costumbre en efecto general entre las naciones bárbaras de la América prehispana. Los uros se declaran restos de un mundo antiquísimo, que pereció antes de la ruina de Tiahuanaco. Si es así, como parece, no haber logrado en tantos milenios, civilizarlos, es prueba de la escasa fuerza y comunicabilidad de aquella cultura; y si esto, aunque difícilmente, puede explicarse con la bestialidad y obstinación proverbiales de los uros, mantenidas en tan larga sucesión de siglos, todavía es más extraño que las evidentes invenciones de Tiahuanaco, cuales son el cobre, y hasta el bronce en sus postrimerías, por la aleación con el estaño, y el utensilio sencillísimo del peine, no llegaran a los protonazcas, que no vivían por cierto muy lejos de Tiahuanaco, que no trabajaron sino el oro y que no alcanzaron conocimiento de los peines hasta periodos muy posteriores. ¿Qué antigüedad en tal caso habría que conceder a estas culturas primeras de la Costa? De otro lado, un centro muchas veces milenario, como se pretende haber sido Tiahuanaco, lo natural es que irradie en otros centros menores hacia toda la periferia, o por lo menos en áreas homogéneas y accesibles. Para los indios del Altiplano y de las sierras andinas, por condiciones de clima y terreno, tenían que ser preferentes las del Sur, hacia Charcas y el Noroeste argentino, o sea el antiguo reino de Tujma que los Incas con tanta facilidad colonizaron después. Ciertamente que Tiahuanaco dilató su influencia en tal sentido, preferentemente (notémoslo ya) en las comarcas quechuas de Cochabamba y Mizque, donde Nordenskiöld ha patentizado sus huellas. Pero son reflejos tardíos, de su edad de decadencia; y fuera de unas problemáticas murallas de Jaconta Palayani, que dice Posnansky haber descubierto en una isla de los lagos al sur del Desaguadero, no hay en la esfera meridional de Tiahuanaco, en lo explorado hasta hoy, nada que pueda considerarse como su imagen o progenie monumental, ni grandes ciudades, ni considerables edificios aislados. Por el contrario, hacia el Norte el camino es continuo, y está clarísimo: Pucará del Collao, el Huari de la región ayacuchana, que Cieza describe bajo el nombre de Huiñaque, la parte preincaica de Huánuco el Viejo, Chavín de Huántar, las otras acrópolis del Callejón de Huaylas y Huamachuco, Cuélap junto a Luya, y ya en el Ecuador, las ciudades exhumadas por Uhle y

Jijón en Cuenca, el Azuay, Ambato, Tuncahuán, y más allá, los conocidos monolitos de San Agustín en el Magdalena y los demás vestigios chibchas. Todo ello nos encamina a Centro América, aun cuando fuera a pesar nuestro: a la tierra de los mayas y de los toltecas fugitivos, en que desde Angrand hasta Uhle los mayores arqueólogos señalan el foco de difusión de la cultura megalítica americana. Desde 1926, Kroeber aseguraba ser la zona más arcaica en el interior del Perú el camino del Norte, e indicaba la línea que las excavaciones de Uhle en Cuenca han venido a confirmar.

Si Tiahuanaco ha sido el punto primordial de donde se originaron los periodos arcaicos mayas y mejicanos, y si por otra parte Tiahuanaco conoció y empleó el cobre, ¿cómo lo ignoraron aquellos primitivos periodos de Méjico y Centro América? ¿Cómo no llevaron allá los tiahuanacos la papa y la quinua, ni la coca, que sólo tarde y de manera superficial llegó a Nicaragua, ni el llama, la insubstituible bestia de carga de nuestros imperios andinos? Y repárese en que el llama y sus congéneres provinieron en anteriores periodos de la América del Norte, donde ha descubierto a sus antepasados salvajes el mismo antropólogo Kroeber. Pretenden Uhle y otros que en la gran portada de Tiahuanaco hay signos jeroglíficos. No los vemos incontrovertibles: pero no es improbable que sean en efecto anotaciones astronómicas, como los glifos mayas, entre las filas de cóndores y figuras humanas de dicha portada. Siendo verdad hoy averiguada perfectamente que las primeras inscripciones de ciudades mayas no anteceden en mucho a la era cristiana, y que antes no se conoció allí la escritura jeroglífica, si Tiahuanaco fuera el antepasado remoto de esas capitales habría que suponer que, en el camino hacia el Norte, su raza olvidó o dejó perderse un cúmulo de invenciones importantísimas. No es racional aceptar tan inverisímil desmedro o tal fenómeno de amnesia, comparable al que el buen Montesinos atribuye a los príncipes vecinos del Cuzco, que olvidaron por una invasión sus compromisos matrimoniales, y luego dócilmente abandonaron las letras de sus jeroglíficos y sus **quilcas**. Por último, la técnica de Tiahuanaco, más o menos debilitada y bastardeada, ha arribado a periodos no lejanos del imperio incaico, pues hasta el mismo Uhle confiesa que de esa alfarería tiahuanacuense combinada con la geométrica nació el genuino estilo incaico de los aríbalos, y así lo comprueba uno con-

servado en el Cuzco. ¡Qué tremenda esterilidad y monotonía si Tiahuanaco ha durado tres o más milenios, y sus vástagos no han hecho más que repetir y adelgazar tan inmutable herencia!

En los tiempos de Tschudi y de Pi y Margall, hacia 1880 o 90, podía negarse o ponerse en tela de juicio la profunda analogía entre Tiahuanaco y las edades arcaicas de Méjico y Centro América. Hoy infinitos descubrimientos la evidencian. El mismo inglés Joyce ha exhumado, en la ciudad de Lubaantum (Honduras Británica), el año de 1926, escaleras megalíticas parecidísimas a las puestas de manifiesto en Tiahuanaco. Este aparejo megalítico, que es el más hondo en los monumentos de Beliza, aclara con inusitada luz los orígenes de Tiahuanaco y de Chavín.

Pero lo más irrefutable, para determinar la cuna de las culturas americanas, es la ubicación del maíz silvestre, cuyo cultivo constituyó el soporte de la vida indígena. Antes se creía que el **teosinte** azteca, cuyo exacto nombre botánico es **euchloena**, se hallaba sobre todo en Méjico. Investigaciones contemporáneas, de 1932 y 1935, realizadas por botanistas norteamericanos, han concretado que la zona nativa del **teosinte** está en las alturas occidentales de Guatemala, desde Huehuetenango, fronterizo con la república de Méjico, hasta Jutiapa, colindante con la del Salvador. Todo esto nos acerca mucho a los lagos de Nicaragua, en que existen las estatuas monolíticas semejantes a las tiahuanacuenses. El cronista mejicano Luis de Alba Ixtlilxóchitl, paralelo a nuestro Garcilaso, con quien comparte méritos y defectos, tradiciones útiles y vacíos, adolece, como todos los escritores leyendarios, de estrechez y cortedad en el horizonte histórico, y por los olvidos de lo muy antiguo, inevitables en pueblos bárbaros, hace arrancar el cultivo del maíz en su patria, no más que del siglo XII de nuestra era, o sea del segundo imperio de Cholula, coetáneo, más o menos, de la caída de Tiahuanaco y la primera emigración de nuestros Incas. Sabemos hoy que aquella tan modesta antigüedad, reconocida por Ixtlilxóchitl y Torquemada, es en extremo deficiente y diminuta: el cultivo del maíz en Centro América y su difusión en todo el continente del Sur, han tenido que requerir muchos siglos y se remontan a varios bien anteriores a la era cristiana. En consecuencia, queda refutado Spinden, que sobre la pretendida introducción del maíz por los nahuas, asentaba el carácter primor-

dial atribuido a esta raza. Descartados los nahuas por demasiado modernos, ¿cuáles serán los iniciadores de la cultura americana? ¿Los mayas, como quiere Uhle, o los chiapanecas, a que se inclinan Lothrop y el mejicano Gamio? Este arqueólogo descubrió, el año de 1910 en el valle central de Méjico (algún tiempo más tarde que los esenciales hallazgos de Uhle en nuestra costa), las tres capas o definidos estratos que ponen al cabo fuera de toda duda la superposición de los tres periodos en la historia mejicana: sobre el reciente indígena azteca, el del imperio de Teotihuacán, que corresponde al tolteca, reivindicado de las negaciones de Brinton y de las de Seler, que muy luego se desdijo de ellas; y por fin el último estrato, el de la cultura arcaica, cuyo esclarecimiento para el de los orígenes de la nuestra peruana nos interesa grandemente. El antropólogo Vaillant de Nueva York ha dilucidado en estos años, con toda precisión, que dicha época arcaica en Méjico resulta ya un compuesto de varias culturas primitivas, y que de ella no se derivan las centroamericanas, al parecer colaterales o antecesoras suyas. Hénos así de nuevo proyectados hacia la América Central propiamente dicha, al buscar el punto de partida de las primeras inmigraciones civilizadoras del Perú. Las estatuas monolíticas de hombres coronados por felinos y serpientes, que hemos dicho hallarse en los lagos de Nicaragua y asemejarse a las de Tiahuanaco, se difunden desde las islas y riberas de aquellos lagos hasta las cercanías de Copán en Honduras por el Norte, y hasta el territorio de Costa Rica por el Sur. Y aun podrían rastrearse en Guatemala y en los confines de Panamá. Han sido estudiadas, a partir de mediados del XIX, por Squier, el mismo que recorrió el Perú, y luego por Karl Bovallius y el mencionado Lothrop. Los postreros arqueólogos convienen en que han debido de ser sus constructores los chiapanecas, pueblo teocrático y muy inteligente, establecido hoy en el estado mejicano de Chiapas, pero cuyas raíces centroamericanas, atestiguadas por sus próximos congéneres chorotégas y cholutecos de Honduras (bahía de Amapala), se perciben por un texto del cronista dominicano de Guatemala en el siglo XVII, el Padre Antonio de Remesal, quien los dice oriundos de Nicaragua. De este modo se va aclarando el embrollado asunto de los orígenes. En el remoto pasado de Centro América se han sucedido las hegemonías de **chiapanecas** o

chorotegas (que poblaron hasta el golfo de Nicoya en Costa Rica), de los **premayas**, iniciadores de la cultura que en este siglo nos ha revelado todos sus secretos, y de los primeros **nahuas**, que a consecuencia de la caída de sus antiguos imperios septentrionales diseminaron sus colonias lingüísticas desde los **pipiles** de Guatemala y El Salvador hasta los **siguas** en el istmo panameño. Nos vamos acercando mucho a nuestra área cultural. Con todos los enumerados, han convivido en varias épocas tribus de la nación **chibcha**, que de este lado del istmo han poblado Colombia, el norte del Ecuador con los **caras** y buena parte de la costa del Perú con los **chimus**. Pero ya las semejanzas de la técnica y la lengua de los chimus pertenecen a época posterior, como lo apuntaré en las lecciones siguientes. Por ahora, lo que importa retener es la antiquísima expansión de los chorotegas, estudiada por Spinden y resumida claramente por Jijón. Quizá el arqueólogo ecuatoriano multiplica demasiado las invasiones, aunque hay holgado sitio para ellas en los dilatados siglos de esta prehistoria. El camino de los inmigrantes está en todo caso manifiesto. En Centro América se ven el signo escalonado, las grecas y meandros, la arquitectura megalítica de pilastras, columnas y estatuas, que muchos creyeron peculiar de Tiahuanaco y que reaparece en Chavín. No es desmesurada la distancia del sur de Costa Rica, extremo del área chorotega, con los **mangues** de Nicoya, a los monolitos chibchas análogos de San Agustín en las nacientes del Magdalena, y de allí a Manabí y al Azuay, en costa y sierra ecuatorianas respectivamente, y a nuestro Callejón de Huaylas, precursor indudable de Tiahuanaco. Según la acertada cronología de Jijón, a quien para este asunto me atengo, la expansión chorotega hubo de realizarse trescientos o cuatrocientos años antes de Cristo. Claro que sus repercusiones directas e indirectas, por el consiguiente reflujó de pueblos, no pudieron llegar sino algunos siglos más tarde al corazón de los Andes peruanos. Agrega Jijón a la chorotega otra expansión anterior, atribuida a la cultura arcaica mejicana, porque sigue la creencia de Spinden de haber sido Méjico el centro del cultivo del maíz. Mas, como me parece exigencia de lógica y de método científico ahorrar los supuestos innecesarios, quedará en tal calidad suprimida aquélla primera, por los estudios de la Institución Carnegie que llevo citados y que

establecen el foco centroamericano del maíz, por no rebasar mucho la conocida época de su cultivo los mismos primeros siglos anteriores a nuestra éra, concordantes con la difusión de los chianecas.

Los mayores indicios actuales concurren en señalar la región centroamericana como el común núcleo de tres culturas divergentes: la **maya** y la **mejicana** hacia el Norte, y la **andina** hacia el Sur, que a su vez se subdivide en chibcha y peruana. En vista de los datos contemporáneos, no pasa de un prejuicio o espejismo el sistema que deriva todas las culturas de Centro América de las invasiones que bajan de Nuevo Méjico, Utah, Nevada y Colorado. Verdad que los pobladores solían venir de allí en oleadas, por los mismos fenómenos de desecación que observaremos en sentido inverso al tratar de la puna y el desierto de Atacama en Sud América (y además porque hemos reconocido que los indios americanos en gran mayoría provienen de esa ruta del Asia Extrema); pero hay que distinguir **edades**, y sobre todo **pobladores**, de **culturas**. En el continente norte, éstas parecen irradiar de Guatemala y Nicaragua, al paso que de otro lado ascendían a la meseta del Anáhuac las bárbaras hordas de los destructores septentrionales. Antiguas tradiciones mayas hacen venir del Suroeste a sus primeros representantes, y la geología confirma tales datos, porque en épocas anteriores mucha porción de la península del Yucatán hubo de ser inhabitable. Renace con esto la doctrina de la prioridad del Sur, propugnada por Haebler y Bancroft, y confirmada ahora por Walter Lehmann.

La invasión de dichos elementos en Sud América no exige aceptar la conquista inmediata chorotega, que carece de comprobación lingüística. Los trasmisores o mediadores plásticos han podido ser los chibchas, a que pertenecían los güéтарos, colindantes en Nicoya con los chorotegas mangles. Lo que parece casi seguro es que una raza braquicéfala, próxima parienta de éstos y aquéllos, como lo demuestran el fondo común de mitos, artes e instituciones, y el aspecto antropológico, una raza tronco, madre y educadora de quechuas, aymaras y araucanos, ha penetrado en las serranías del Perú trayendo su técnica agrícola y cerámica, cuando comenzaba a difundirse en el litoral la afin cultura protonazca, también procedente de Centro América. Por todo este análogo

substrato se explican las semejanzas con los mayas, en que tanto insiste Uhle; las del idioma mochica con el chibcha o muisca y varios centroamericanos; la eufonía de Naymlap y sus compañeros, en la posterior inmigración marítima a Lambayeque; el culto de Cepocatequill en las serranías de Huamachuco; las coincidencias con las míticas trinitades mayas y nahuas, y mil otros sugestivos rastros.

Cuando esta raza braquicéfala septentrional se propagó en nuestro territorio, así en la Costa como en la Sierra, se hallaban espaciados los uros por ambas regiones. En gran mayoría dolicocefalos, bestiales sobre toda ponderación, meros cazadores y pescadores, son por la lengua los mismos puquinas, hermanos de los arahuacos del Brasil, que se extendieron desde la Guayana y las Antillas hasta la Florida. Rivet sostiene, y a mi parecer prueba, que provienen del Este amazónico. Avanzaron por la depresión de la cordillera en la cuenca del Marañón; luego ocuparon, con el nombre de **changos**, las costas de Tarapacá y las del norte de Chile. De modo que hasta estos míseros uros fueron forasteros e inmigrantes. Los únicos verdaderos indígenas, en el relativismo que impone el origen asiático del hombre americano, los únicos primeros ocupantes inmemoriales, serán los otros dolicocefalos de estatura alta (al revés de uros y changos, que son muy bajos), los extintos pescadores antropófagos, cuyos vestigios ha hallado Uhle en las cavernas y muladares de nuestro litoral. Tomen debida nota los radicales indigenistas de tan importante hallazgo. Si prevaleciera la absurda doctrina que sólo supone legítimos dueños del territorio a sus autóctonos, si nada importan para la justificada posesión y dominio el largo transcurso de los siglos y los incalculables beneficios acarreados, no sólo el elemento español sería el intruso, sino que lo serían también las antiguas razas braquicéfalas americanas que trajeron la alfarería y el maíz, como nosotros trajimos el hierro y el carro, el trigo y los ganados vacuno y caballar. Los dueños del suelo serían los salvajes antropófagos, más atrasados aún que los uros, comedores de carne cruda y humana, en plena fiera animal, desprovistos de toda cultura apreciable.

El imperio de Tiahuanaco es, en concepto de la mayoría de los arqueólogos, no el comienzo sino la cumbre a que llegan las

culturas del Norte, Recuay, Chavín, Huánuco el Viejo y Huiñaque. Como se desprende de lo arriba expuesto sobre sus antecedentes centroamericanos, no puede asignársele fecha muy anterior a la era cristiana, en que ya florecían las primeras ciudades mayas, sus distantes hermanas primogénitas. Más que a éstas, recuerda en su potente sobriedad el arte colateral mejicano del primitivo Teotihuacán. El tiahuanacuense, con sus conocidas características, penetra en las riberas peruanas del Pacífico, se superpone al protonazca, se halla, no sin trazas de incendio, en las más profundas capas del templo viejo de Pachacámac, y muestra sus artefactos mezclados, con el desórden propio de una invasión, a los del estilo protochimu en las huacas de Moche. Recubre el Ecuador en costa y sierra, por lo menos hasta Manabí y Ambato. No alcanza que sepamos a Pasto. Al sur de Tiahuanaco, sus reflejos se ven en las tierras quechuas de Mizque y en todo el Noroeste argentino, en pleno país calchaquí, donde se descubren en gran cantidad sus signos peculiares: alfarería con adornos escalonados, dragones y serpientes de dos cabezas, pectorales y peines de cobre. Lo propio, aunque en menor grado, ocurre hasta el valle central de Chile; pero, al paso que en las serranías argentinas la penetración de Tiahuanaco se acompaña con toponimias y dialectos quechuas, tan profundos que el arqueólogo Boman ha proclamado la existencia de un imperio quechua preincaico, en Chile coincide con una toponimia claramente aymara (Paposo, Aconcagua, Lampa, Ilave, Malco del Limarí, etc.). Esta singular coexistencia, y la tradición de invasiones venidas de Coquimbo que persiguen y destierran el culto de Huiracocha y alteran la civilización tiahuanacuense, me ha llevado, desde hace muchos años, a enunciar para la historia de Tiahuanaco, su construcción y destrucción, y el sucederse de los imperios en la meseta del Titijaja, una teoría según la cual la nación quechua precedió a la aymara. Bien se ve con esto que es mi hipótesis la de un imperio **paleoquechua**, y nó en manera alguna la atribución a los Incas de aquellos edificios y aquella técnica, proposición que sería disparatadísima, contraria a todos los datos conocidos, si se concibiera en los términos con que me la han achacado algunos, en raptos de mala fe o de inexplicable distracción y reblandecimiento. La lengua predominante en la época mayor del primitivo Tiahuanaco

no pudo ser jamás la misma quechua incaica, sino una forma muy antigua, de la que ha podido derivarse en parte el propio aymara, y que con aproximación todavía representa el **ájaro** o **cauqui**, dialecto arcaico que hasta hace poco vivía en apartados rincones de Yauyos y Huarochirí. Esta es la tesis, conjuntamente étnica, arqueológica y filológica, que procuraré exponer con alguna mayor amplitud en la lección venidera

TERCERA LECCION

Los tiahuanacos y los primitivos quechuas

Para averiguar cuál fué la raza predominante en el imperio de Tiahuanaco, conviene reconstruir el mapa lingüístico del Tahuantinsuyu, el de la Sierra muy especialmente, y distinguir las originales áreas idiomáticas de las aportaciones que el régimen de mitimaes produjo en tiempos de los Incas.

Al oeste del Cuzco se halla la región quechua por excelencia, comprendida entre los ríos Apurímac, Pachachaca y Pampas. Más allá hubo numerosas agrupaciones aymaras, por la invasión de los Chancas; pero la onomástica en Lucanas y Soras es en gran mayoría quechua, y dialectos quechuas se escalonan en las comarcas ayacuchanas y en las **huancas**, de Huancavelica y Huancaayo. En los Chocorbos se advertía la presencia de modernos colonos collas, traídos por los Incas. El **cauqui** o **ájaro**, de Huarochirí y Yauyos, confinado en tiempos recientes a los pueblos de Tupe, Huantán y Cachi, junto a Laraos, dista bastante de ser puro aymara, como con manifiesta temeridad lo afirmó Uhle (**Origen de los Incas**, 1910, Congreso de Buenos Aires). En sentir de los más entendidos, como Tello, es un dialecto arcaico, que se acerca al comun tronco del quechua y del aymara, y según toda probabilidad inclinándose al primero. Muy revelador aparece este vestigio; pues, por Huaman Poma de Ayala, averiguamos que los **ájaros** se vestían y peinaban como los incas, representantes de la otra rama paralela del quechuismo. Después comienza el **chinchaysimi** propiamente llamado, que se subdivide cuando menos en el de

Cajatambo y en el ancashino (que con mayor corrección debería escribirse ancaxino), el típico de Huari. Por Cieza (Crónica 1ª Parte, cap. 81), comprobamos que en Huamachuco y Cajamarca se hablaba un mismo idioma. Luego hacia el Noreste advertimos la notable variante quechua del **maynas**, y al norte la muy dulcificada del **quiteño**, cuya antigüedad ha despertado polémicas. Sostienen algunos que data sólo de la conquista incaica, y que es desdeñable por errado el texto del Padre Velasco sobre la preexistencia en la comarca de Quito de un lenguaje análogo al del Cuzco. Pero dando de barato el testimonio del Padre Velasco, nos queda el muy valioso y fidedigno de las Informaciones de Vaca de Castro, o sea casi al día siguiente de la conquista española, las que con toda claridad afirman que en la Sierra del Perú, "del Cuzco para abajo (o sea hacia Quito), todas las lenguas son allegadas a la quechua, como la gallega o la portuguesa a la castellana". El Padre Valera, que por su época (siglo XVI) alcanza autoridad muy semejante, corrobora la tesis, diciendo que "en la mayor parte del Perú el quechua era casi natural; porque el lenguaje del Cuzco no se diferencia mucho de las más lenguas de aquel imperio". A tales atestados a raíz de la venida de los españoles, conviene agregar el de nuestro contemporáneo Von Buchwald, tan crudo antichechuísta, y que no obstante advierte y señala íntimas similitudes con el idioma cuzqueño, no ya únicamente en las lenguas de la meseta ecuatoriana, sino en las de su costa y tierras bajas, como son las de los Colorados y Cayapas de Esmeraldas, y los de Babahoyo. Así se explica la facilidad de la quechuización en Quito y sus provincias; porque los muy escasos setenta años del dominio incaico, son del todo deficientes para la producción de dialectos y el arraigo de la toponimia. Consta que el **chinchaysimi** ya existía como variedad dialectal en la época del descubrimiento por Pizarro.

Tschudi repara en que eran lenguas extrañas a la mayoría de la Sierra las llamadas **ahuasimi**, como lo demuestra su propio nombre, que quiere decir **forasteras**. Por esta y otras razones defiende el quechuismo preincaico en el Tahuantinsuyu. Los que lo combaten son, por colosal incoherencia, los mismos que retrasan las grandes anexiones hasta Pachacútej y aún hasta Túpaj Yupanqui. Pretenden así que la quechuización, con la multiplicidad de sus

dialectos, haya nacido y se haya extendido dentro de plazos brevísimos, contra toda verisimilitud y todo precedente.

Iguales argumentos militan para el quechuísmo preincaico en el Alto Perú o Charcas, y en el antiguo reino de Tujma (Tucumán). Al sur del Cuzco, desde más allá de Tinta, irrumpían dialectos aymaras, como los de Canas, Canchis y Chumbivilcas; pero adviértase que gran parte de esta comarca fué zona bilingüe, de confluencia lingüística y étnica, según es el caso de Chumbivilcas, o de invasión colla relativamente moderna, como en Canchis y Canas, según sus chulpas, inclusive en Calca, y sus curacas extranjeros lo acreditaban. Los dialectos quechuas resurgen por el Alto Perú, al este y al sur de Chayanta; y en la cuenca oriental del Titijaja suben a Cojata. El **cochabambino** es un quechua innegable, y lo propio el **calchaquí** en Salta y Catamarca. En el Tucumán el **huilela** se presenta como un híbrido, entretejido de palabras quechuas. En todas esas regiones la onomástica quechua es profundísima. Con la aymara sucede otro tanto; pero en la parte occidental, en el desierto de Atacama y en todo Chile, hasta el valle del Mapocho cuando menos. Los arqueólogos Boman, Brinton, Ehrenreich y Lafone Quevedo reconocieron paladinamente la difusión preincaica del quechua por el Tucumán andino, la cual corre siempre parejas con las huellas de Tiahuanaco. No pocos, y yo entre ellos, aceptamos, como acabo de apuntarlo, al oeste de la zona quechua, una zona aymara de edad muy remota, que baja desde Arequipa y Carangas, Oruro y Tarapacá, hasta Copiapó y el valle central de Chile, no sin discontinuos avances al este calchaquí, como el probable nombre aymara de la sierra de **Ancoquiya**, al norte de Catamarca, lo confirma (por más que las raíces **anca**, **ancas**, **ancu** y **hanco** tengan clarísimos significados en quechua). Ahora bien; cuando en cualquiera parte del mundo observamos una lengua circundada, conforme lo está la aymara, por lenguas diferentes de ella y por dialectos de éstas, todos de rama distinta de la primera, deducimos al instante que tal situación nace de un impulso invasor, de una violenta incursión. Así ocurre con el húngaro, con el serbio, con el rumano, con el idioma maya de los chortis de Guatemala, igual que de los apartados cendalos; y con los pipiles, niquiranos, nahuatltecos y siguas, diseminados por Centro-América. Nadie cree hoy que provengan esas islas

nahuas de la colonización ordenada por el penúltimo emperador azteca Ahuitzotl, a fines del siglo XV, como ingénuamente lo sostenían Fuentes Guzmán y Juarros (sistema que equivale, en su angustiosa estrechez de tiempo, al de los peruanistas antioquechuas), sino que se atribuyen a inmigraciones toltecas, y en consecuencia harto más antiguas que la postrera dominación indígena, según con toda razón lo expusieron el Padre Torquemada e Ixtlilxóchitl. ¿Porqué se rechaza la hipótesis semejante cuando se trata del Perú, como si estuviéramos exentos de las leyes generales de la lógica y de la historia?

El área inmensa que asignan al aymara, para tenerlo por primordial y por coincidente con los restos del estilo de Tiahuanaco, no es exacta en lo que atañe a lo preincaico, que escrudinamos ahora: porque las **Relaciones Geográficas** ordenadas por Felipe II declaran que el aymarismo de Tunari en Cochabamba se debe a mitimaes de los incas, lo propio que el de Chocorbos; y las invasiones collas, coetáneas de la primera dinastía incaica, en Collahuas y Caylloma, y la emigración de Ancohuallu, por Tarma y Huánuco a Chachapoyas, originaron esa difusión del aymara en las enunciadas provincias, la que por consiguiente no es vetustísima. Así que no hay tal prioridad aymara en ellas.

Los idiomas andinos, y en general los americanos, son todos parientes por la estructura, por la morfología y fonética: todos son **polisintéticos**. Desautorizan el axioma de Von Luschan, a saber, que no hay razas aglutinantes, porque toda la americana lo es, y en forma especialísima. La dificultad estriba en precisar la derivación de las voces, para demostrar la filiación o la real hermandad de las lenguas. Lo acelerado de la evolución lingüística en pueblos que carecen de la fijeza de textos escritos y que vivieron en gran aislamiento, produjo tal diversidad de formas verbales que aun aquellos muy próximos étnicamente, no se entendían ni conservaban radicales comunes. La infinidad de idiomas en cada provincia, y hasta en cada pueblo, causaba el asombro y la desesperación de conquistadores y misioneros. Pero, si bien se mira, entre el aymara y el quechua, no hay ningún hondo abismo, por más que Uhle en un estudio, el más desdichado entre todos los suyos, no haya vacilado en declararlos del todo extraños, ajenos uno a otro, fuera del préstamo extrínseco de algunas palabras.

Los demás lingüistas, en inmensa y abrumadora mayoría, reconocen la fraternidad de las dos grandes lenguas andinas. Hay entre ellas correspondencia de vocales, y variación bastante sistemática de consonantes. No se trata de etimologías fortuitas, ni de identidad de sonidos al azar. Por ejemplo:

Castellano	Quechua	Aymara
mar o lago	cocha	cota
el animal llama	llama	caura
cada uno	japa	sapa
mitad	chaupi	taypi
muchacho	huambra	mambra
húmedo	huqui	muqui
calor	rupay	jumppi
ojo	ñahui	nayra o mami
quien	pi	ji
diez	chunca	tunca
honda	huaraca	jorahua
carbón	quillimsa	quillima
aficionarse	munay	munaña
ameno	páucar	pancara
flojo o laxo	huaya o huayaya	jayra
soga	huasca o huashca	ppala
leña	llanta	lahua
llano	pata	laja o taya
perro	allicu	anu.

Y así se puede continuar indefinidamente. Nadie que esté en sus sentidos cabales desconocerá los vínculos entre los dos idiomas. Sí es una monstruosidad hacer del quechua un dialecto subordinado del aymara, como algunos (Von Buchwald) lo han estampado, no lo es menor tener a los dos idiomas por del todo ajenos, sin ningún parentesco patente. No llegaremos, con el Padre Cobo, a considerar su hermandad tan íntima como la del español con el italiano. La comparamos a la del hebreo con el árabe, a la del sánscrito, con el viejo persa; o, dentro de las conocidas analogías de Europa, a la del latín con el griego, o a la del gótico de Ulfilas con el teotisco, y a la del búlgaro con el polaco. Pero llamar al quechua un dialecto aymara es tan disparatado como lo sería apellidar el latín un dialecto germánico. Negar el origen común del aymara y del quechua es como negar la comunidad de estirpe entre las lenguas indo-europeas.

Batidos en este terreno los aymaristas, se acogen al argumento de las formas predominantemente largas en el aymara, para deducir su mayor antigüedad y su consiguiente precedencia en la evolución de las culturas. Ciertamente que, según los casos arriba citados, el vocablo quechua es a menudo más breve y tiene menos vocales que el aymara: **cúntur**, que es **cóndor** en quechua, da en aymara **cunduri**; el **cámaj** y el **páchaj** quechuas, corresponden en aymara a **camaca** y **pataca**. Se puede advertir desde luego que no siempre ocurre así, que a veces la forma quechua retiene letras perdidas en el aymara. Pero lo substancial es que no puede hoy aceptarse en lingüística la precedencia absoluta en el tiempo de las formas largas sobre las cortas, hasta el extremo de tener por lengua madre la que presente palabras o raíces más extensas. El sánscrito, que las ofrece, es hermano pero no progenitor de las demás lenguas arias. Las formas latinas suelen ser más completas o fieles al prototipo que las griegas, sin que esto suponga prioridad de la cultura itálica sobre la helénica. En el viejo alemán o teotisco, **hagl** se hizo **hagal**, y **wagn** se hizo **wagan**, como en nuestro mismo castellano medioeval **host** y **cort** se han convertido en **hueste** y **corte**. Una lengua madre no subsiste viva con las filiales. El latín, como lengua hablada, no coexistió con los romances. Entraña todavía mayor despropósito histórico y mayor imposibilidad lingüística suponer que la pretensa lengua progenitora, en vez de refugiarse en un cantón apartado y olvidado, se mantuviera lozana y popular en la región más principal y céntrica, foco del imperio, atractivo y campo de invasiones comprobadas, como es el caso del aymara en el Collao. Ni siquiera el ájaro, perdido en las serranías de Yauyos, puede ser el común tronco, sino una forma derivada, pero por retrasada más próxima a nuestro hipotético paleoquechua del primer imperio. La antigüedad o arcaísmo del aymara, comparado con el quechua, se explica porque, habiendo sido, en nuestra suposición, una lengua de rama tiahuanacuense pero secundaria y alejada del centro, tiene el carácter arcaico de todos los idiomas bárbaros y periféricos. No por otra razón retuvo el lituano en plena Edad Media su extraordinaria semejanza con el primogénito sánscrito, tan curiosa y sugestiva. Así también, el dorio es más arcaico y áspero que los otros dialectos helénicos, precisamente por haber sido los dorios los últimos en invadir la

Grecia continental. ¿Qué pensaríamos del filólogo helenista que fundándose en los arcaísmos del habla doria supusiera a esta raza de cultura más antigua que a los aqueos homéricos? El quechua se nos presenta más elaborado que el aymara, más rico en palabras y acepciones, y hasta en nombres de parentela paterna, y menos pródigo en sinónimos inútiles y broza primitiva, porque ha servido de vehículo a una cultura más dilatada y que ha conocido mayores vicisitudes que la aymara, y nó porque en el árbol genealógico de los idiomas andinos carezca de perfecta y equidistante co-lateralidad con éste.

Uno de los más útiles resultados que para la historia produce la comparación de las lenguas, está en los términos que expresan los adelantos culturales. No nos cabe duda que los arios eran pastores y poseían ganados vacunos, porque la palabra sánskrita **gaus** corresponde al **bous** griego y al **bos** latino. lo que demuestra que en el primitivo idioma común existía el nombre. Apliquemos el procedimiento a nuestro caso, por el método inverso. El cobre era conocido y trabajado por los tiahuanacuenses. Los quechuas lo llaman **anta**, pero los aymaras, confundiéndolo con el oro, lo denominan, como a este metal, **jori**. Entonces, ¿cuál fué el pueblo predominante en aquel imperio, el que posee vocablo determinado para su metal favorito o el que lo ignora? Prosigamos el examen. A fines de la época de Tiahuanaco principia en el Altiplano el uso del bronce, por la aleación con el estaño y el plomo, allí tan abundantes. El quechua distingue el estaño, que es para él **chayanta** o **yurajtiti**, del plomo, que designa como **titi** o **llasa**. El aymara confunde ambos metales dentro del común término **malla**. Los habitantes de Tiahuanaco utilizaban el azufre para reacciones de metalurgia, y llevaron dichos utensilios hasta las serranías cañaris y quiteñas. El azufre tiene nombre especial en quechua. Se dice **sallinarumi**. No sé que lo tenga en aymara.

La lingüística nos esclarece también el origen racial de las divinidades de esa crepuscular época. No puede aceptarse cierta teoría del siglo XIX, que pretendió despojar a los mitos de todo contenido histórico, limitándolos a reflejos verbales o de fenómenos físicos. En la mentalidad prehistórica y protohistórica, la vida y hechos de un dios y sus emigraciones se confunden con los eventos y alternativas de sus adoradores. El más antiguo númen

de la mitología peruana parece Con, que en el relato de Gómara viene del Norte, creando, poblando y civilizando, y que convierte a los rudos y vencidos aborígenes en animales negros. Es la primera advocación que en nuestra Sierra adopta la misma divinidad colonizadora y benefactora de toltecas y mayas, el dios serpiente, que en efecto se llamó entre los mayas Can (Cuqui-cán o Cucul-cán). Recordemos el culto a la serpiente o dragón en Chavín y en toda la Costa. Con la fundación y el apogeo de Tiahuanaco, se presenta la segunda advocación, Huiracocha, cuyo rumbo en el Perú, el Ecuador y Cundinamarca, es ahora al revés, de Sur a Norte. Hay algo puramente mítico en este rumbo, pero también la indicación de un hecho difusivo muy real. Huiracocha es sin duda alguna el ídolo supremo de Tiahuanaco. Lo pregonan los monumentos y los primitivos cronistas, en forma muy categórica. Uno de los mejores arqueólogos peruanos, el Dr. Tello (coincidiendo con una antigua conjetura mía de 1906) lo cree el dios del cielo o del viento, representado por el jaguar y el cóndor. Otros se inclinan a especificarlo como el dragón celeste, el cocodrilo de la tempestad, simbolizado en dichos animales y la serpiente. Puede haber divergencia sobre la primera parte de su nombre, sobre si **huira** es apócope de **huaira** (viento en quechua) o tiene otra significación más recóndita; pero la segunda parte, **cocha**, que expresa la indisoluble y evidente relación con el lago Titijaja, es a todas luces quechua y no aymara, porque si fuera aymara sería **cota**. Huiracocha tiene además otros títulos rituales, **illaj**, **tijsi**, **pachayacháchij**. Se explican todos cumplidamente por el quechua, y no por el aymara, según de igual modo ocurre, y es muy de notar, con casi todas las palabras religiosas indígenas. No obstante, a los escasos sostenedores del imperio uru-puquina de Tiahuanaco, ya que se hallan tan desprovistos de razones, les daré la buena noticia que **tijsi** significa en esa lengua **muerto** o **difunto**, y vendría a designar a un ascendiente, algo así como el **ayar** o **mallqui** quechua. En el fondo no la creo sino una coincidencia insignificante, mientras que el **tejsi** quechua (origen o principio) se aplica de manera muy cabal a la esencia del mito, que es la creación.

Infundadamente se quejaba Tschudi de la carencia de datos leyendarios sobre el imperio tiahuanacuense. Los aymaras no los tendrán, a lo menos en forma continuada y satisfactoria,

no obstante la tan cacareada antigüedad y primogenitura de aquella raza. Los quechuas e incas sí tenían muchos recuerdos pertinentes, como que cifraban el pasado de ese enigmático imperio primordial en toda la larga leyenda de Huiracocha. Según Sarmiento de Gamboa, los incas contaban que Huiracocha residió primero en Pucara (lugar de grandes ruinas de estilo tiahuanacuense) y en las sagradas islas del lago, y que de allí pasó a Tiahuanaco, **donde todos sus hijos tenían una lengua, y eran parientes y vecinos**. Al retirarse Huiracocha, las lenguas se alteraron. De aquí, sin mayor esfuerzo de sagacidad crítica, deduce cualquiera la difusión de los aymaras por Tarapacá, Atacama y Chile, y su apartamiento del tronco lingüista paleoquechua. Porque el nombre de la divinidad suprema para los aymaras no era con peculiaridad Huiracocha (a ojos vistas aprendido de los quechuas), sino **Tahuacapa** o **Arnahuan**. Tales eran sus denominaciones aymaras específicas; y el Padre Las Casas nos refiere precisamente que Huiracocha tuvo un hijo ingrato e infiel, llamado Tahuacapa. El dios lo arrojó hacia el mar, a las orillas del océano, en castigo de sus maldades; pero no murió, sino que regresó, según muchos otros textos de cronistas, para substituir y remedar a Huiracocha. Pocas leyendas podrán hallarse más reveladoras y exotéricas. El mito rasga aquí sus velos.

El dios Huiracocha, blanco y barbado, dispone la desolación de Tiahuanaco, por la desobediencia de sus habitantes, a quienes convierte en piedras. Se retira hacia el Norte, seguido de sus fieles, vestidos como él de ropas blancas, anchas y largas, de túnicas como las que muestran las estatuas de Tiahuanaco, y como en pleno régimen incaico y quechua las usaban los del ayllu de Tar-puntay, sacerdotes quechuas de Huiracocha y del Sol. Las barbas legendarias se derivan de la corona que circunda al dios en la portada de la Acapana. En la misma hay un pescado o serpiente, reminiscencia del dragón maya, del Cuculcán que, como Huiracocha, produce los astros. Cuanto a los aymaras o collas, a Cieza le contó Cari Apaza, el curaca aymara de Chucuito, que sus progenitores vinieron desde Coquimbo; y exterminaron en las orillas y las islas del Titijaja a los hombres blancos y barbados, o sea a los huiracochas. En las **Relaciones Geográficas** los aymaras confesaron no ser originarios del Titijaja, sino provenir unos de las pu-

nas de Carangas, y otros de la parte oriental en la laguna de Chucuito, lo que parece indicar el camino de Candarave o el de Omate, Carumas y el valle de Tambo, regiones todas esencialmente aymaras. Esto concuerda maravillosamente con el sentido de la emigración, revelada por Cari Apaza. El Yamqui Pachacuti Salcamayhua (por collagua, de pura raza aymara) confirma dicha invasión de caris, que bajan al Collao desde las sierras de Potosí, siempre por el mismo camino que viene del Sur, vestidos con ropas angostas o **jállaj pacha**, enemigos de los de ropas anchas o **huiracochas**. Sabe también Pachacuti que el dios Huiracocha de Tiahuanaco maldijo a los collas y a su capital Yamquisupa, dejó asolada la gran ciudad teocrática, por haber petrificado a los tiahuanacuenses, y se retiró hacia el Norte. Tradiciones múltiples señalan Pucara y Cacha como los lugares en que los invasores collas pelearon con los de vestiduras largas, que eran los que retrocedían y a quienes la imaginación popular transfiguró en Amazonas, o sean mujeres guerreras. El lugar de estos combates contra el curaca aymara Zapana es Chuncara, en tierra de los canas y Ayaviri (Cieza, Segunda Parte, Cap. IV). Enojado Huiracocha se retira más al norte de Cachi; se refugia en tierra que siempre ha sido quechua, como es Urcos, y allí le erigen otro gran santuario. Es muy de reparar que en la leyenda se le vea de continuo bien acogido y adorado por los quechuas, y que infaliblemente aparezcan ahuyentados y exterminados sus servidores por los aymaras. En Santa Cruz de Cahuana, región de los soras, los huiracochas construyen edificios, caminos y templos. Más arriba, en Huiñaque de Ayacucho, hay otros edificios, que Cieza atestigua obra de los mismos huiracochas, con jeroglíficos misteriosos. Subsiste, sin fallar en lo esencial, el triple y significativo paralelismo del idioma quechua, de las tradiciones de Huiracocha y de la penetración del estilo de Tiahuanaco. Si el idioma ha desaparecido o no se arraiga, cuando menos la alfarería tiahuanacuense acompaña las huellas del dios. Tal sucede en la Costa con los yungas de Calango, que adoraban en una roca los pies de Huiracocha. Dándoles razón, la arqueología contemporánea, en el inmediato valle de Pachacamac, ha descubierto los restos de la alfarería tiahuanacuense. En la región de Quito el dios peregrinante Huiracocha tuvo sus piedras sagradas en la llanura de Callo y a media legua de Amba-

to, y hacia el Cañar, en Gonzamana. En Cundinamarca el dios Bóchica, en viajes, hechos y hasta nombre tan parecido al quechua Huiracocha, que se presenta como su lógica continuación, no carece de la consabida piedra labrada en Izá. Este vasto repliegue de los tiahuanacos es como una réplica o eco de la huida de Quetzalcoalt, desde Tula a Cholula en el Anáhuac; y de su penetración en la Mayapán yucateca y en Guatemala. Razas hermanas las cuatro, quechuas y muiscas, mayas y nahuas, presentan leyendas y destinos concordantes.

Las diferencias de los aymaras con los quechuas y los antiguos tiahuanacos se ofrecen insalvables y evidentes. Los aymaras son mucho más bárbaros, robustos, prolíficos y fieros que los quechuas. Los quechuas y los incas los han considerado siempre como raza lerda e inferior, indómita y temible. (Véase Huaman Poma de Ayala). De las desemejanzas entre ambas razas que consigné en escritos anteriores, no tengo que rectificar sino lo tocante a la amplitud torácica: en vista de modernos exámenes, parece comprobado que el mayor perímetro torácico toca a los aymaras, lo que demuestra que han vivido largo tiempo en grandes alturas, como son las de Oruro, Potosí, Lípez y la puna de Atacama. Los collas o aymaras no se vestían con las túnicas de las estatuas de Tiahuanaco, ni éstas presentan la deformación craneana *saytauma*, propia de la raza colla; se entierran en chulpas, colocando a los difuntos en cuclillas, mientras que las necrópolis de Tiahuanaco pertenecen a otra manera de enterramiento, el horizontal. La cerámica tiahuanacuense es muy distinta de la geométrica de las chulpas, que los aymaras construyen.

Todo este cúmulo de pruebas, tradiciones y conjeturas, que ya hizo a Tschudi adivinar una solución muy próxima a la que expongo, ha llevado hasta al mismo Uhle a aceptar la grande e histórica invasión venida del Sur, única manera de explicar racionalmente la súbita interrupción de los edificios y estilos de Tiahuanaco. Atribuye esta invasión a los atacameños, cuyos últimos representantes habitan las cercanías de la comarca solariega indicada por Cari en Cieza. Si fueran aymaras o progenitores de ellos, la cuestión se resuelve: ya no habría divergencias. Pero su lengua, la *cunza*, no presenta mayores analogías con el quechua ni con el aymara. Apenas hallo, entre muchas disparidades, la raíz

atacameña **tócor** o **tócol** (hoyo, hueco, profundo) que corresponde al **chinatóque** aymara y al **tojo** quechua (nicho o alhacena); la de **caichi**, piedra, que se hermana con la **cala** o **tajsi** aymara; y **capur** (grande), que se ajusta al **táquet** aymara, y al **játun** y **jápaj** quechuas. Nada de esto es bastante, ni con mucho, habiendo en lo demás tan numerosas discrepancias. Insisto en que las etimologías aisladas son ineficaces e ilusorias.

Como por otra parte la genuina alfarería de Atacama no es idéntica a la colla-chulpa, y más bien se relaciona con la de los juríes y diaguitas, y como las toponimias atacameñas expresadas por Uhle se muestran en mucho fantásticas — es risible que declare atacameños los tan españoles nombres de Oquendo y Matute—, no pecará de irrespetuoso e infundado desconfiar de esta su hipótesis, iniciada por Von Buchwald y todavía inciertísima. En todo caso, pudo ser la postrera invasión, la última onda de los caris, la retaguardia retrasada en varias generaciones o siglos; pero nó la intrusión mayor y más catastrófica, la que destruyó Tiahuanaco y exterminó a los huiracochas isleños, referida por Cieza, pues el apellido Cari ha de ser designación quechua o aymara, harto mejor que atacameña, por el significado ostensible. Lo más verisímil es que en el momento de la ruina de Tiahuanaco, período de gran confusión y transmigraciones de pueblos, el aridecido lugar que desocuparon los aymaras, lo tomaran estos atacameños venidos del S. É., al propio tiempo que los araucanos bajaban de allí y de Copiapó al centro de Chile. De todos modos, los actuales habitantes del Collao, que hablan la lengua aymara, resultan hasta para Uhle, en buena parte siquiera, progenie de una invasión bárbara, de la que destruyó el imperio de Tiahuanaco. La repentina desaparición de éste ante la acometida de invasores feroces, se corrobora por el pasmo que acreditan las escasas tradiciones aymaras, confesión clamorosa de la ignorancia de los inmigrantes acerca de los orígenes y construcción de aquellas gigantescas moles, lo sorpresivo del descubrimiento de estos palacios y portadas por los caris, y la interrupción de las tareas edificadoras. No es razonable atribuir la creación de un imperio a los mismos que no la explican, y cuyos jefes confiesan haberlo atacado y aniquilado. Seguir sosteniendo que los aymaras son los constructores de Tiahuanaco porque viven desde antiguo en aquella región, aun-

que sus obras posteriores arquitecturales y cerámicas difieran radicalmente de las tiahuanacuenses, es como si se nos atribuyera a los criollos la edificación de las pirámides de Maranga y de Pachacámac, sólo porque moramos junto a ellas; a los yanquis, la construcción de los Mound Builders; o a los españoles cristianos, la Giraldá de Sevilla.

Al paso que la cerámica geométrica aymara reviste aspecto tan distinto de la ornamentación tiahuanacuense, al paso que la arquitectura y enterramientos de las chulpas se apartan de lo megalítico (según es de ver en Sillustani y en las mismas tumbas reconocidamente collas elevadas junto a las ruinas de Tiahuanaco), y que, conformes con el itinerario de los invasores caris, esas chulpas o torres sepulcrales se presentan en los Andes chileno-argentinos (paso de San Francisco, al sur de la puna de Atacama), y se detienen al este del Altiplano, respetando aproximadamente hacia Cochabamba la separación de las lenguas, y reproduciendo en piedra el tipo de la cabaña cónica de barro, general hoy mismo en Oruro y en el Aullagas; para confirmación de todos estos reveladores datos e impugnación del aymarismo, vemos que los incas, cuya raza y lengua quechuas hemos de probar adelante, derivan todo, mitos y tradiciones, arquitectura y alfarería, de la cultura de Tiahuanaco. Es sorprendente cómo, aun el aríbalo, que es lo más característico de la alfarería incaica, cuenta con claros precedentes en Tiahuanaco. Un ejemplar, guardado en el Cuzco, luce por encima de los adornos geométricos, (influencia indiscutible colla-chulpa), el estilo figurativo tiahuanacuense, entonces olvidado en el Collao y conservado en tierras quechuas.